



“(soy) esa mujer”

soy (esa mujer)
ella
la (muerta) más buscada
el cuerpo (sin vida) más deseado
una fantasía (perversa)
soy (para vos)
una (in)mortal
un lugar en el mapa
una ilusión (enterrada)
un trofeo (de guerra)
usado
para la paz.

soy
(aunque ya no quiero ser)
anhelada
con amor (indebido)
aborrecida
con furor (pasional)
arrebatada
con (y por) miedo
ya dejen(me)
vayan(se)
olviden(me)

soy esa mujer
que estuvo allí (y allá)
me amaron (con odio)
me tomaron (con lujuria)
me escondieron (en su ardor)
ahora no soy
pero
estoy
reposando
y
un poco
esperando
que ya dejen
mis restos (pudrirse en paz).



Análisis:

El poema está escrito en verso libre. El uso de las parentéticas propone dos tipos de lecturas:

1. Recitándolo palabra por palabra, es decir, incluyendo lo que está entre paréntesis en el discurso.
2. Dejando fuera de la lectura las palabras y frases que están entre paréntesis. Por ende, solo se lee lo que está fuera de las parentéticas.

De este modo, el lector llegará a la conclusión de que hay dos voces distintas en el poema. Una es la voz de una Eva más delicada, correcta, ilusoria. La otra voz pertenece a una Eva más dura, que habla desde el dolor y el hartazgo.

Cátedra: *Reescritura de textos literarios en español*, del Traductorado de Inglés, turno tarde.

Autor: Cecilia Moré



A partir de Rodolfo Walsh

Las noches más tristes me encuentran siempre entre textos. Dicen que la literatura es compañía de la soledad, un refugio para el alma que busca respuestas. Hay noches, sin embargo, en las que llego del trabajo sin ninguna pista que seguir o hilo del que tirar y no hay biblioteca que proteja de las paredes que parecen cerrarse sobre mí. Es en esas noches que me encuentro volviendo una y otra vez a "Esa mujer", de Walsh. Me dejo consolar por la voz inquisitiva de aquel intelectual, el narrador, que negocia, que confronta, que intenta descifrar un secreto oculto bajo capas y capas de silencio, odio y obsesión.

Tengo esta fantasía vívida en la que él viene a charlar a mi estudio. Llega puntual, al igual que lo hizo con el coronel. Se sienta en un silloncito frente a mí y deja que le sirva un vaso de whisky. De paso me sirvo uno yo también. Las sombras de la tarde le cubren la mitad del rostro, pero los ojos le brillan con expectativa. Nos quedamos viendo fijo, nos medimos desde la distancia. Yo sé cosas que él no y él lo sabe. Será por eso que, aunque este no es un ambiente hostil, lo noto inquieto. Veo la electricidad centellearle en la punta de los dedos, cada nervio de su cuerpo en alerta.

Sé que debería empezar dándole las buenas noticias. Sacarlo de ese desamparo y desconocimiento eterno en el que Walsh lo sumergió hace más de cinco décadas, suspendido en el tiempo como un recordatorio silencioso de un pasado que ya no existe. "Colega, la muerta que busca fue encontrada", me imagino diciéndole. Si descansa o no, no puedo asegurarlo, pero al menos yace en camposanto. Vuelve a ser un punto en el mapa, uno al que muchos visitan a fuerza de amor y de odio. Pero ya no deberían poder tocarla.

Una sonrisa incrédula emergería en su rostro, tal vez incluso alguna lágrima derramada, el alivio patente en el modo en que cada uno de los músculos de su cuerpo se relajaría en el acto.

Pero, tan pronto como me formulo esta idea, me doy cuenta, no sin remordimiento, que liberarlo a él de su miseria implicaría hundirme a mí en una soledad absoluta, porque en su desconsuelo reconozco el mío. Compartimos la complicidad de quien entiende que el olvido no es una opción, porque hay abismos insondables entre lo que se ignora y lo que se sabe. El entendimiento de quien siente las ausencias en cada espacio vacío, de quien escucha las faltas



porque no hay tumba que las pueda callar. La agonía de quien tuvo que aprender que quien busca no siempre encuentra, y que, así y todo, no puede evitar sentirse como una “arrastrada, amarga, olvidada sombra” cuando no hay x que marque el destino. Usted busca una muerta, colega. Y yo también. A más de una, de hecho. A muchas. A tantas que ya parecen demasiadas, a tantas que ya no alcanza el dolor para llorarlas a todas.

Así que no lo hago. No se lo cuento. En lugar de eso, dejo que hable. Que me relate su reunión con el coronel de apellido alemán y vida colmada de tormentos. Saca de sus entrañas un monólogo descarnado, reproduce la voz perversa del enemigo con la precisión de quien está condenado a revivir la misma conversación una y otra vez, hasta el final de los tiempos. No intenta suavizar la rispidez a la que nos precipitan los fantasmas de la historia. Sabe, al igual que yo, que a la realidad se la mira a la cara. Y no importa el camino que tomen sus pensamientos: vuelve, una y otra vez, sin poder abandonarla nunca, a esa mujer. No la nombra, no hace falta. Dice que no significa nada para él y, sin embargo, ocupa todos sus espacios. Noto que la ve incluso acá, en esta habitación, entre las penumbras que proyectan los muebles a esta hora de la tarde.

Y es entonces cuando me lleno de dudas y mis nervios se tensan. Cuando el cristal que nos divide a él y a mí como un reflejo del otro se empaña. Busca una muerta, colega, aunque tal vez sería más preciso decir que anda detrás de un cuerpo. Un cuerpo embalsamado. Un cuerpo profanado. Un cuerpo sin paz. Sitio de disputas por el poder y de resistencias. Ese cuerpo cuya posesión, en vida, resultó inalcanzable. Ese mismo cuerpo que el coronel ve como una tierra por colonizar y que usted ve como... ¿cómo qué, colega? ¿Para qué la quiere? Es una “fantasía perversa”, cito sus palabras. ¿Acaso no es capricho lo que percibo en su insistencia? ¿No es algo muy parecido a la obsesión eso que burbujea en sus palabras? En un mundo de buenos y malos, de íntegros y perversos, se supone que usted está de nuestro lado y, sin embargo, ¿qué es precisamente lo que despierta esas emociones, iguales en intensidad a las del coronel que tanto aborrece? Quien con monstruos lucha, cuide de no convertirse en uno. “Si mucho mirás al abismo, el abismo concluirá por mirar dentro de ti”, por citar a los filósofos. ¿Es este el caso, colega? Le pido disculpas por mi recelo, tal vez sus intenciones sean buenas. Pero sus épocas no son las mías. Con el tiempo tuvimos que aprender que la desconfianza es un arma que se lleva bajo la manga como un puñal.



Usted busca una muerta, colega. La busca con decisión, con terquedad, con ahínco, como quien sabe que la vida es lo último que se pierde. No puedo evitar preguntarme si buscaría con la misma intensidad a todas las que nos faltan hoy. Las víctimas de la espera en un país que parece la galera de un mago. Como esa mujer, muchas, colega. Demasiadas. ¿Le serían indiferentes? O, por el contrario, ¿se sentiría abrumado ante tanta falta? Porque le advierto que es un recuento que solo suma y rara vez resta.

La muerta que busca fue encontrada y la lengua tironea ante la tentación de llamarlo suerte porque, no se confunda, la historia no siempre termina así. Yo sé dónde está, lo cierto es que lo llamé para decírselo porque ansiaba, por una vez, no ser portavoz de la tragedia. Pero creo que cambié de parecer.

Quédese con esto: ya puede dejar de buscar. No todos pueden jactarse de eso. Yo, por mi parte, prefiero guardarme su paradero. Disminuir al máximo los riesgos, que ya demasiado daño le han hecho. A ella, al menos, todavía puedo protegerla.

Cátedra: *Reescritura de textos literarios en español*, del Traductorado de Inglés, turno tarde.

Autor: Camila Genco